

hasta el
TUÉTANO

Revista cultural
Número 23

SEPARATA OFICIAL

Madrid, España
Mayo 2026

An abstract painting of a landscape. The foreground is dominated by warm, textured brushstrokes in shades of red, orange, and yellow, suggesting a body of water or a field. In the middle ground, there are rolling hills or mountains in soft, muted tones of green and blue. The sky is filled with soft, blended colors of blue, pink, and white, creating a dreamy, atmospheric effect. The overall style is expressive and painterly.

Esperanza
Y CULTURA

Número 23.

Mayo 2026

Sexto año

Revista Cultural

Sin ánimo de lucro

Edición ejecutiva y

Maquetación final:

Agustina Gutiérrez

Fundador:

Fernando Criado

Edita:

Castellón Digital SL

Caballeros, 13

13001 Castellón

Imprime:

Llar Digital

Depósito Legal:

CS 1188-2019

ISSN: 2695-5997

Es un proyecto de



Tarifa, 21.

Fresno de la Vega

24223 León.

Casa de Fresno

casadefresno@crijuar.com

Los autores y colaboradores son propietarios y responsables independientes de sus escritos e ilustraciones.

Queda prohibida sin autorización escrita previa, cualquier tipo de copia o reproducción, por cualquier medio, de los artículos e ilustraciones contenidas en esta revista

SUMARIO

- 2/ Editorial**
Esperanza y Cultura
- 4/ Soledad Castillo Jara**
Las sombras de Sevilla en la pintura de Murillo
- 9/ Silvia Berrica**
Juana I de Castilla
- 15/ Hector Guerrero y Miguel Bernal**
Cerone
- 20/ Jorge García López**
Quevedo, maestro de la prosa culta
- 26/ Antonio Sánchez Jiménez**
El asesinato (o la muerte en duelo) de Lope de Vega
- 31/ Alberto Yagüe López**
El legado oculto del Siglo de Oro
- 38/ Francisco López-Muñoz / Francisco Pérez-Fernández**
Los crímenes de la rueda de los expuestos
- 47/ Diego Rodríguez Reis**
Quevedo y el amor constante más allá de la muerte
- 55/ Manuel Garrido**
Teresa
- 57/ Joaquín Gallego García**
Algunos apuntes sobre la defensa del imperio
- 62/ Fernando Criado / Enrique Gracia Trinidad / María Martínez**
Quevedo, el gran tuno
- 67/ V. Johana Insfran (López)**
A uno y a otro lado
- 71/ Eduardo Aguirre Romero**
Cervantes está contento
- 72/ José Montero Reguera**
Un poeta llamado Lauso
- 78/ Alonso Manuel Cobo Andrés**
Las Austrias mayores
- 86/ Pierre Darnis**
Pierre Menard, autor del Lazarillo
- 93/ José María Micó**
Góngora o las aristas de un clásico
- 99/ Autores Varios**
Escenas amables del Siglo de Oro
- 105/ Santiago Fernández Mosquera**
Sobre el estilo de Calderón de la Barca
- 112/ Juan José Guardia Polaino**
El Fauno y la poesía arden nuevamente
- 114/ María Martínez Martínez**
De ramos y rameras
- 116/ Paul Larson**
El mito de los dos Góngoras y el Polifemo
- 128/ Enrique Gracia Trinidad**
Las páginas de Enrique Gracia Trinidad
- 130/ La Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan**
- 138/ Francisco A. Marcos Marín**
Las palabras en la arena: cine y tradición en Buero
- 141/ Juan José Guardia Polaino**
Una "orden literaria" para curarle las heridas del olvido a don Francisco de Quevedo
- 146/ Maite Muñoz**
Mis poemas de abril
- 148/ Francisco A. Marcos Marín**
Variaciones sobre el poema
- 151/ M^a Ángeles López Santa-Olalla**
Marruecos y sus calles
- 152/ Alberto Yagüe López**
El Zaguán
- 157/ En el estudio de Jorge Yagüe**
- 158/ Pedro Criado Juarez**
La llamada al agua
- 161/ Manuel Pellicer**
Dime, ¿a qué quieres que huelan mis poemas?
- 163/ Marta Martínez**
Naturaleza Muerta
- 164/ Alberto Yagüe López**
Sombras en el espejo
- 170/ Eduardo Aguirre Romero**
Reseña de *Biografía de León XIV*
- 174/ Cartas a nuestros autores**
-
- Portada:**
Fragmento de *El Valle*,
Constanza López Schiliting.
Técnica mixta sobre lienzo, 81x116
- Contraportada:**
Fragmento de la obra *Colección aparejos, número 3*, de Rocío Aguirre.
Año: 2025.
Técnica: acrílico y pastel sobre lienzo
Medidas: 97x67 cm
- Interior de portada:**
Obra completa *El Valle*,
de Constanza López Schiliting.
- Interior de Contraportada:**
Para leer

Antonio Sánchez Jiménez

Université de Neuchâtel

El asesinato (o la muerte en duelo) de Lope de Vega: Escenas violentas de la vida del Fénix de los Ingenios

Las letras cubrieron a Lope de Vega de fama y dinero, pero su popularidad también le atrajo elementos negativos: por supuesto, acérrimas rivalidades, pero también hordas de fans que le seguían «a cada paso», diciendo «¡Allí va Lope!», parándose en su camino o asomándose en los balcones para verle (Peralta, *Oración*, s. f.). Una de las maldiciones que le trajo la fama fue tener que recibir la (falsa) noticia de la propia muerte, o peor aún, soportar que le solicitaran un papel de protagonismo en sus exequias.



Los cambios de humor y estado de ánimo del Fénix de los Ingenios

El Fénix dedicó a estos casos insólitos sendos sonetos del último libro que llevó a la imprenta, las *Rimas de Tomé de Burguillos* (1634): en el número 93, el poeta «Responde el poeta a un elogio que se hizo en Roma a su muerte fingida», mientras que en el 62 tiene que contestar «A un licenciado que le dijo por favor que deseaba predicar a sus honras». Gran desgracia para Lope, tener que recibir semejantes noticias, pero también gran desventura para sus lectores si estas hubieran sido ciertas y una muerte prematura se hubiera llevado al Fénix, como a don José de Cadalso ante Gibraltar, sin dejarle escribir algunas de sus grandes obras: el *Burguillos* (1634), *El castigo sin venganza* (1631), *La Dorotea* (1632)...

Lejos de fantasear con esa tragedia, el presente artículo examina algunos momentos de la vida de Lope de Vega en que el poeta pudo haber encontrado una muerte violenta, según cuenta él mismo en su correspondencia y obras o según explican sus panegiristas. Concretamente, vamos a explorar dos tipos de peligros: el asesinato, del que escapó en dos ocasiones, y el duelo a muerte, del que se libró en otras dos.

Desde luego, tanto asesinos como duelistas pundonorosos pululaban por el Madrid de los Austrias, donde no faltaban sicarios a quienes se podía encargar desfigurar a alguien con una cuchillada o incluso matarlo. Lope llevó a estos personajes a las tablas en más de una ocasión. Por evocar una célebre —y cómica— recordemos que los galanes despechados del *Perro del hortelano* deciden quitarse de en medio a su rival, Teodoro, recurriendo a los servicios de un asesino, con la mala suerte de que contratan al gracioso y criado fiel de Teodoro, Tristán. La escena no transcurre en Madrid, sino en Nápoles, aunque, como luego veremos, Lope extrapola a la capital campana lo que conocía de la madrileña:

Ricardo *Y es piedad matarle, aunque ella lo entienda.*

Federico *¿Podrá ser?*

Ricardo *Bien puede ser, que hay en Nápoles quien vive de eso y en oro recibe lo que en sangre ha de volver. (vv. 2402-2407)*

Desde luego, en Madrid había gente que hacía oficio del asesinato: al respecto, Amezúa (1989: III, 377) señala que Felipe III tuvo que promulgar una premática prohibiendo la venta y uso de medias mascarillas, al parecer muy útiles y demandadas para ocultar la identidad de los homicidas profesionales. Es más, entre los del gremio había incluso algunos que pasaban de desfigurar ramerías y matar criados y se atrevían a practicar el difícil arte del magnicidio. Lo demuestra el caso del conde de Villamediana, a quien mataron la noche del 21 de agosto de 1622 en plena calle Mayor (Rosales, 1969). Sobre el cómo hay versiones: a las bravas, con lanza de rejonear toros, o de modo más sofisticado, al estilo valenciano, abriendo la portezuela del coche y descerrajando un tiro de ballesta contra el ocupante. Lo cierto es que estos sucesos ocurrían y Lope estuvo a punto de perder la vida en uno (o dos) de ellos.



Pese a ello, el Fénix no se privaba de andar solo de noche. En una carta al duque de Sessa que Amezúa data en la primavera de 1617, Lope confiesa que había trasnochado tanto debido a una fiesta que a la mañana siguiente se levantó cerca del mediodía (*Epistolario*, III, pág. 289). Y en esas andaría cuando, una noche de ese mismo año o



el siguiente... Pero dejemos que lo narre el interesado, de nuevo dirigiéndose al duque de Sessa:

..y perdoneme vuestra excelencia el escribirle así y de tan mala letra, que estoy metido en una gran refriega, porque, viniendo de los Descalzos el lunes a las ocho de la noche, me dieron muchas cuchilladas sin que pudiese desenvolverme. No me hirieron, que los que ven mi capa lo juzgan a milagro. Antes, la persona que intentó lo que digo cayó en unas piedras y dejó allí mucha sangre, de donde se entiende que yo estaba inocente y él engañado. Hase alborotado el lugar, como si yo fuera cosa de consideración en él, y visitádome señores, que para mí, no viendo a vuestra excelencia, no he tenido consuelo. (Epistolario, III, pág. 83)

Con muchas dudas, Amezáa sitúa el episodio en 1611. Desde luego, ocurrió antes de la ordenación sacerdotal del poeta, pues el «sin que pudiese desenvolverme» parece aludir a un intento de quitarse la capa y desenvainar, y los sacerdotes no llevaban espada. En cualquier caso, la escena acabó en tragicomedia: el sicario, particularmente incompetente, no llegó a herir a Lope (sí a destrozarle la capa, que le dejó llena de sietes) y encima se cayó y descalabró. El Fénix, siempre dispuesto a hacer literatura, interpretó el episodio como una ordalía, esto es, prueba de que el asesino no tenía razón y el poeta, sí. Dejemos de lado el final de la escena: intuimos en él a un Lope feliz, con la casa llena de nobles que acuden a interesarse por su salud y a oírle contar el sainete. Especulemos, eso sí, acerca de las razones del atentado. ¿Una rivalidad literaria? Por más que así lo sugiera la casi enternecedora ineficacia del aprendiz de sicario, no hay precedentes del hecho. Imaginamos a los poetas áureos arrojando una bomba fétida para reventar el estreno de un rival (Lope y Tirso de Molina fueron arrestados por ello cuando el atribulado Juan Ruiz de Alarcón estrenó *El Anticristo*), pero no contratando asesinos por una cuestión de versos. ¿Y entonces? ¿Un lío de faldas? Si el texto es de 1611, no parece probable (aunque, con Lope de por medio, nunca se puede descartar): son los años de tranquilidad conyugal con Juana de Guardo. De hecho, la salida nocturna que desembocó en el atentado no podría parecer más inocente: «los Descalzos» es el oratorio del Olivar, en el convento de los Trinitarios Descalzos, muy cerca de la casa del poeta. El detonante del atentado queda, pues, envuelto en el misterio.

Otras eran las circunstancias a finales de 1617 o 1618, que es cuando Amezáa sitúa una nueva carta de Lope a Sessa en que el poeta da cuenta de otro ataque nocturno contra su persona:

Señor, yo he tenido grandes disgustos, porque una noche de estas, a las doce, me quisieron matar; valiome mi advertimiento y el mostrar ánimo; he sabido la causa, que procede de aquel pícaro, que quería por fuerza inquietar mi casa por esta niña. (Epistolario, III, pág. 351)

La situación parece un *déjà vu*: Lope trasnochando y enfrentándose a un asesino incompetente. Sin embargo, las circunstancias ya no son tan inocentes. Ya no es un lunes a las ocho, viniendo del oratorio del Olivar, sino una noche «a las doce» y esta vez, sí, por un lío de faldas: la «niña» en cuestión parece ser Marta de Nevares; el «pícaro», su marido, el odioso y muy peludo Roque Hernández, «hombre que comenzaba a barbar por los ojos y acababa en los dedos de los pies» (Vega Carpio, *La viuda valenciana*, pág. 859) y a quien la dama y el Fénix ponían unos muy gentiles cuernos. En cualquier caso, a estas alturas el poeta no solo está sobre aviso («valiome mi advertimiento»), sino ya curtido en intentos de asesinato: Lope tiene la presencia de ánimo de encararse al (más bien mustio) criminal y ponerlo en fuga.

Y esos fueron los atentados que sufrió Lope. Dos: más que bastantes, para un poeta y para sobrevividos.

Al contextualizarlos arriba, aludimos a escenas de sicarios en las comedias de Lope. Si quisiéramos ahora espigar esos textos para encontrar escenas de desafío, podríamos llenar páginas y páginas con esos lances, frecuentísimos en las tablas del corral de comedias, pero también, parece, en el Madrid de la época. Ya en 1587, el joven Lope daba muestras de cólera y amenazaba con retar a duelo a quien hiciera falta cuando, en medio de los interrogatorios de su proceso por libelos, respondió «que votaba a Dios que cualquiera que a este testigo [Amaro Benítez] se lo hubiese dicho mentía, porque no era él hombre que hacía semejantes cosas, y que se matara a cuchilladas con ellos» (Tomillo y Pérez Pastor, 1901: 42). Pues bien, a lo largo de su vida tuvo al menos dos ocasiones de hacerlo. Veámoslas.

En una carta a Sessa de en torno a 1616, Lope se quejaba ante el duque de que «ciertas pesadumbres con los parientes del valiente Céspedes me han desasosegado» (*Epistolario*, III, pág. 248), en alusión a la comedia genealógica *El valiente Céspedes* (c. 1612-1615) y, presumiblemente, a la familia del protagonista. Pero no hace falta historiar esa anécdota tan vaga, pues en una de las *Novelas a Marcia Leonarda*, «La desdicha por la honra» (1624), el Fénix cuenta un suceso parecido con todo lujo de detalles:

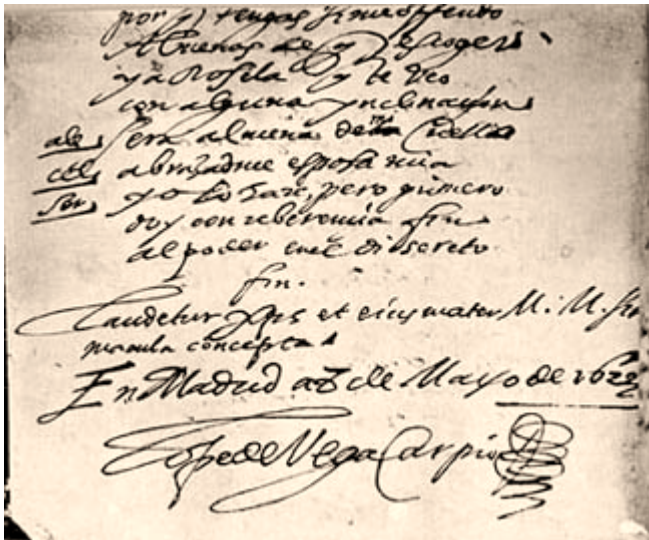
Habiendo yo escrito *El asalto de Mástrique*, dio el autor que representaba esta comedia el papel de un alférez a un representante de ruin persona; y saliendo yo de oírlo, me apartó un hidalgo y dijo muy descolorido que no había sido buen término dar aquel papel a hombre de malas faciones, y que parecía cobarde, siendo su hermano muy valiente y gentil hombre; que se mudase el papel, o que me esperaría en lo alto del Prado desde las dos de la tarde hasta las nueve de la noche. Yo, que no he tenido deudo con los hijos de Arias Gonzalo, consolé al referido don Diego Ordóñez y, dando el papel a otro, le dije que hiciese muchas demostraciones de bravo, con que el hidalgo, que lo era tanto, me envió un presente. (*Novelas a Marcia Leonarda*, págs. 186-187)

La pendencia tiene un origen claramente literario: en la representación de una comedia de historia contemporánea sobre la guerra de Flandes, Lope tuvo la mala suerte de que en el público se encontrara un pariente de uno de los personajes y de que el actor que lo representaba fuera «de ruin persona», esto es, 'de mala figura'. El resultado, un desafío: el pariente en cuestión, «muy descolorido», se acerca al Fénix, le recrimina su decisión y le conmina a encontrar a otro actor, so pena de

duelo en el lugar correspondiente, el habitual (el actual paseo del Prado). ¿Cómo responde Lope? A estas alturas, el otrora fogoso joven dispuesto a matarse «a cuchilladas» con «cualquiera», reacciona con calma y pragmatismo: como no se considera un héroe del romancero (a él aluden los personajes del reto a los zamoranos que trae a colación: Arias Gonzalo y Diego Ordóñez), Lope complace sin problemas al pundonoroso hidalgo («que lo era tanto», dice el texto), quien queda tan satisfecho que le envía un regalo, probablemente las cajas de frutas en conserva que se solían obsequiar en la época, si no algo más costoso.

Una habilidad semejante mostró Lope en el segundo (o primero: la cronología no está clara) desafío del que tenemos noticia. Lo recoge uno de sus panegiristas, tal vez uno de los que estaban esperando con cierta impaciencia su muerte para predicar en sus honras fúnebres: fray Francisco Peralta. El religioso, predicador e improvisado biógrafo cuenta lo siguiente en la *Oración eclesiástica*





funeral que pronunció en las dichas honras: Supo tolerar agravios y perdonar injurias, tan fácil en remitirlas como pudiera en versificar: virtud en él tan aplaudida de todos los que le trataron que le pudiera hacer singular y peregrino cuando no tuviera otro carácter y señal de raro y prodigioso, tan mesurado en las ocasiones en que la irascible suele en los hombres más modestos atropellar la cordura que le sucedió tal vez desempeñarse de un desafío tan airosa y tan festivamente que, sin dejar quejoso al duelo no entrando en él, dejó admirado y vencido al que le provocaba. Fue el caso que un hombre iracundo y mal

advertido desafió a Lope. Hallándole en estado que ya los hábitos eclesiásticos le escusaban la respuesta, instó el que desafiaba y, empuñando la espada, enojado más con su silencio, le dijo:

«¡Ea: salgamos fuera!». «Vamos – dijo Lope, poniéndose con mucho espacio el manteo –, vamos: yo, al altar a decir misa y vuestra merced, a ayudarme a ella». ¡Ejemplo grande de un ánimo sin perturbaciones, con el cual volvió por la autoridad del sacerdocio, esento de las leyes del duelo en que idolatra el secular. (s. f.)

Esta vez, el autor no nos cuenta las causas del desafío, pues no le interesa entrar en detalles tal vez escabrosos de la vida del Fénix, sino mostrar la entereza de ánimo, medida e ingenio con que Lope salió del paso, subrayando su condición de sacerdote y aplacando la ira del duelista en el común servicio al altar. Habilidad, en efecto, extraordinaria la del poeta, capaz de metamorfosear al soberbio matachín en humilde monaguillo.

En suma, estas cuatro anécdotas ilustran no solo los peligros que acechaban a nuestros ingenios durante el Siglo de Oro (recordemos que uno de ellos, Baltasar Elisio de Medinilla, murió tratando de poner paz en una trifulca), sino el valor, sangre fría y mano izquierda que tuvo que desplegar uno de los más grandes, Lope de Vega, para poder llegar a viejo. Nuestro poeta no solo tuvo imperio sobre los consonantes, sino también sobre aspirantes a sicario o matachines diversos: ante el Fénix de los Ingenios, los asesinos caían ensangrentados o huían despavoridos; los hidalgos pundonorosos le enviaban cajas de conservas o le ayudaban a decir misa. ¿Es de traca? No: es de Lope.

Obras citadas

- Amezúa, Agustín G. de, Lope de Vega Carpio, *Epistolario de Lope de Vega Carpio*, 4 vols., Madrid, Real Academia Española, 1989.
- Peralta, fray Francisco, *Oración eclesiástica funeral en las solemnes exequias del príncipe de la poesía española fray Lope de Vega Carpio*, Madrid, viuda de Alonso Martín, 1635.
- Rosales, Luis, *Pasión y muerte del conde de Villamediana*, Madrid, Gredos, 1969.
- Tomillo, Anastasio, y Cristóbal Pérez Pastor, *Proceso de Lope de Vega por libelos contra unos cómicos*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1901.
- Vega Carpio, Lope de, *Epistolario de Lope de Vega Carpio*, ed. de Agustín G. de Amezúa, 4 vols., Madrid, Real Academia Española, 1989.
- , *Novelas a Marcia Leonarda*, ed. de Antonio Carreño, Madrid, Cátedra, 2002.
- , *El perro del hortelano*, ed. de Paola Laskaris, en *Comedias de Lope de Vega. Parte XI*, coord. de Laura Fernández y Gonzalo Pontón, vol. I, Madrid, Gredos, 2012, págs. 53-262.
- , *La viuda valenciana*, ed. de Rafael Ramos, en *Comedias de Lope de Vega. Parte XIV*, coord. de José Enrique López Martínez, vol. I, Madrid, Gredos, 2015, págs. 831-999.